



## SU ALMA EN SU PALMA



**U**NO de los más jocosos episodios del *Quijote* se encuentra en el capítulo dQ2-32. Acabada la comida con los Duques, aparecen en la sala «cuatro doncellas: la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos... una redonda pella de jabón napolitano». Ante la sorpresa general (anfitriones incluidos) proceden a lavarle las barbas a don Quijote, y luego al mismísimo Duque, que se suma a la chanza. Sancho exclama:

—¡Válame Dios! ¿Si será también usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como a los caballeros? Porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aun que si me las rapasen a navaja lo tendría a más beneficio.

—No tengáis pena, amigo Sancho —dijo la Duquesa—, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuere menester.

El maestresala se lleva de la sala a Sancho, el cual no tarda mucho en regresar «todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, o, por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar. Seguiale y persegúiale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar». Dice el pícaro barbero:

—No quiere este señor dejarse lavar la barba, como es usanza y como se la lavó el Duque mi señor y el señor su amo.

—Sí quiero —respondió Sancho con mucha cólera—, pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí a mi amo que a él le laven con agua de ángeles y a mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre, pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas y no tengo necesidad de semejantes refrigerios, y el que se llegare a lavarme ni a tocarme a un pelo de la cabeza, digo, de mi barba..., le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascós; que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes... Traigan aquí un peine, o lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda a la limpieza, que me trasquilen a cruce.

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa:

—Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma.

La interpretación del proverbio es muy evidente: «Él sabrá lo que se hace», «Allá se lo haya», «Eso es cosa suya». Diego Clemencín anotó así el pasaje:

*Su alma en su palma.*

**«Refrán con que se da á entender que prescindimos de las acciones de otro, dejando por cuenta suya las buenas ó malas resultas.”** (*Diccionario de la Academia Española.*)

Como curiosidad, dos siglos antes Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, había relacionado el proverbio con ciertos versículos del Salmo 90:

11. Quoniam angelis suis  
mandavit de te, ut custodiant  
te in omnibus viis tuis.  
12. In manibus portabunt te,  
ne forte offendas ad lapidem  
pedem tuum.

11. Porque ha mandado a sus ángeles que cuiden de tí en todos tus caminos.  
12. Te llevarán en las palmas de sus manos, no sea que tropiece tu pie en alguna piedra.

Enrique Suárez Figaredo  
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan